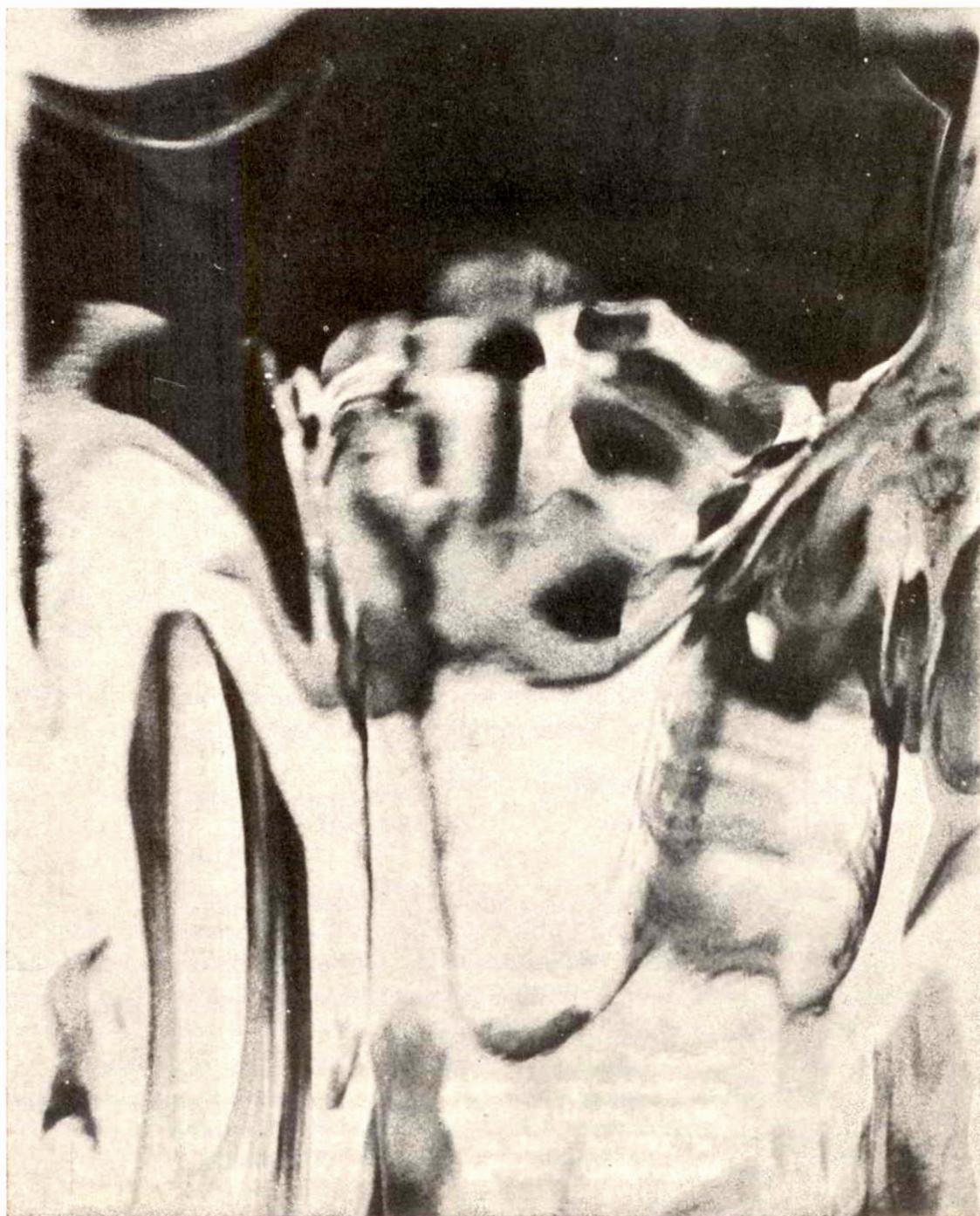


ENTREVISTA CON BORGES



NESTOR SANCHEZ

148



La primera virtud de Jorge Luis Borges se experimenta casi al mismo tiempo de entrar a ese salón incalificable de la Biblioteca Nacional donde atiende a todos los que necesitan entrevistarle, sin excepción alguna; deja las manos sobre una mesa de dimensiones casi tan irreales como las del salón y, a partir de una pausa que viene de antes, dispone de todo su tiempo: en resumidas cuentas Borges no es un hombre ocupado.

Poco más tarde necesitará saber con qué clase de periodismo se topará una vez más su peligrosa inclinación al diálogo. Pero lo cierto es que Borges necesita forzar una nueva entrevista hasta volcarla hacia los hábitos de una entrevista ejemplar, casi una entelequia, a la que daría la impresión de responder desde hace muchísimo tiempo.

Y esa sensación de tiempo detenido en el tiempo de hablar no es la segunda virtud de Borges, a lo sumo representa el tono obligado de aquella entrevista idéntica a sí misma que él reinstala con un par de movimientos algo sonambúlicos de sus manos.

Sin embargo (a pesar del salón, y de la mesa, y de sus manos) casi al mismo tiempo entrará en juego otro viejo compañero suyo: aquel humor atravesado por la ironía. Y hasta parece justo que él lo sepa justo. Entonces inicia su primera parábola basada, aparentemente, en su desconfianza física ante todo interlocutor desconocido. Una especie de parábola anti-entrevistas periodísticas: "Hace muchos años trabajé durante algunos meses en el diario *Crítica* —recuerda casi sorprendido— fui sin lugar a dudas el peor periodista del mundo. Fíjese que yo he conocido —eran los años veinte— mucha gente que debía muertes. Claro, en aquella época en que todavía funcionaba el cuchillo se hacían casi comunes las personas que debían dos muertes, o tres; se trataba de personas interesantes, cordiales; uno podría pasarse horas con ellos y hasta cultivar su amistad sin que las muertes pesaran en ningún momento. No puede negarse que eran mejores que los periodistas".

149

¿Quién de los dos Borges contesta generalmente en una entrevista?

Yo trato por todos los medios de que sea el primero, pero generalmente no puedo evitar que el segundo, el Borges literato, se entrometa. Es realmente muy entrometido.

¿Antes de identificarse con el ultraísmo, tuvo alguna oportunidad de ser influenciado por jóvenes como Guillaume Apollinaire y Blaise Cendrars?
En realidad no. Creo que en mi obra (no hay, por otra parte, una manera distinta de llamar a lo que he escrito) no existen influencias. En todo caso puede encontrarse desmedro de todo aquello que me ha tocado de cerca, que ha significado algo para el escritor en mí.

¿Cree, entonces, que esa falta de contemporaneidad real de su juventud puede vincularse al hecho de que sus poemas aparezcan como de menor interés en relación con sus cuentos y prosas de cámara?

Pienso que mis poemas y prosas no difieren esencialmente. El verso libre es un asunto tipográfico. Todo lo que he escrito son atributos o adjetivos míos, yo diría diversas facetas de un mismo fenómeno.

A pesar de la notoria influencia del Eliott político en usted ¿por qué nunca habla de su poesía?

¿Cómo sabe usted que no hablo esos temas con mis amigos íntimos?

Usted fue incluido en el desopilante libro de Powells pero alguna vez se refirió, entre otros, a Pedro Ouspensky. ¿Cree deberle mucho al auténtico esoterismo occidental, desde Pitágoras a Gurdjieff?

Yo también, como mucha gente interesada en el tema tenía la idea de que Powells no era otra cosa que un charlatán; pero cuando lo conocí en Europa me dí cuenta de que era como yo, un agnóstico.

¿Como aquellos que debían dos muertes?

Más o menos. El no estaba seguro respecto de la cuarta dimensión, de la transmigración, de la transmisión del pensamiento; todas esas alternativas más allá del positivismo. Almorzando con él lo encontré muy simpático y afin a mis dudas, incluso me habló de su "espíritu borgiano" y nos hicimos amigos. Por otra parte puedo asegurarle que nunca pasé, en estos temas, de una actitud de curiosidad intelectual. Mi madre católica a la manera argentina, sin mayor fervor; mi abuela protestante; y mi padre discípulo de Spencer, un librepensador. El clima familiar en que me formé no pasó de una discordia amistosa. Mi literatura, por otra parte, no es fantástica para asombrar al lector, todo eso corresponde a estados del alma que he tenido. Es una literatura fantástica pero no irreal. Incluso hay un poema mío en un puente de Constitución que bien podría relacionarse con una búsqueda mística. Yo creo que se trató de un estado poético, nada más.

150

¿Entonces su pasión por la metafísica no fue nunca más allá de una actitud un poco "rara", filológica?

Nunca. A lo sumo nunca de un modo trágico como el elegido por Unamuno, por poner un ejemplo.

¿Siente haber exagerado la figura de Macedonio Fernández?

No, creo que es el hombre más inolvidable que he conocido a lo largo de mi vida; eso lo sentimos todos sus contertulios.

Se lo preguntaba desde el punto de vista estrictamente literario

le voy a hacer nombres de muertos y vivos: Santiago Davobe, Enrique Fernández Latour y Manuel Peyrú. Claro, la grandeza de Macedonio estaba en el diálogo más que en lo escrito por él. Incluso se consideraba un pensador, un místico, y no un escritor. Fíjese que a pesar de ser un conversador brillante era lacónico y tímido. Si bien no desaconsejo la lectura de sus libros tampoco puedo negar que se trata de un hombre que nunca se entregó enteramente en ellos. Era un hombre de genio, pero su instrumento fue el diálogo, como en el caso de Sócrates (y para poner un ejemplo que no sea polémico). Macedonio fue amigo de Lugones, Ingenieros, J. B. Justo, Molina y Vedia, de Jorge Borges, mi padre. Sin embargo después de muerto empezó a aparecer (y

todavía sigue apareciendo) todo tipo de gente que asegura haber frecuentado su amistad; y esto no favorece para nada su recuerdo. Pero siempre pasa lo mismo con los hombres notables una vez que están muertos.

¿En algún período de su vida necesitó alcanzar un aliento más riesgoso que el cuento? ¿Lo intentó?

Nunca. Bastante trabajo me da llegar al final de mis cuentos. En la actualidad, sin embargo, pienso en algo que va a ser menos una novela que un cuento largo y que se va a llamar *El congreso*. Por supuesto que este título no tiene nada que ver con una alusión de tipo político.

¿Lo político entra en su concepción de lo fantástico?

No podría contestarle con exactitud.

¿Cuál es el cuento suyo que más quiere?

¿Puedo vacilar? Bueno, hay un cuento que se llama *La intrusa*, y otro *El sur*.

¿Y el que menos quiere?

Sin ninguna duda *El hombre de la esquina rosada*, yo no lo escribí como cuento realista y sin embargo todos se empeñaron en leerlo como tal. Un desafío no se hace de esa manera, un compadre auténtico no habla de esa forma. La película es mejor que el cuento. En realidad si publicar un libro es una gran emoción, ver un film hecho con un argumento propio la supera con creces. Es como si se carnalizaran un grupo de fantasmas que brotaron de uno.

¿Cree que algún escritor argentino llegó a decir alguna vez algo más o menos inteligente sobre usted y su obra?

151

Casi todos, argentinos y extranjeros, que han hablado en alguna oportunidad sobre mi obra resultaron más inteligentes que yo; o si se prefiere mucho más imaginativos.

Por momentos ¿se ha sentido tan solo como su obra entre la gente de la revista Sur?

No, nunca ¿por qué solo? La señora Victoria Ocampo me hizo el honor de invitarme a colaborar en su revista. La revista Sur ha sido muy generosa conmigo, nunca me fue rechazado un solo original. Nunca me sentí solo; la señora Victoria Ocampo ha sido muy buena conmigo. A ella se debió la idea de que yo fuera postulado como director de la Biblioteca Nacional, a ella junto con Esther Zemborain de Torres. Cuando me lo propusieron les contesté que jamás iban a darme un cargo semejante, me quedaba grande. Por mi parte les propuse la biblioteca de Lomas de Zamora, era un sitio que siempre me había gustado. Sin embargo el mismo general Lonardi, en persona, justo el 17 de octubre de 1955, me entregó el nombramiento.

Usted ha tenido, casi siempre, conciencia de nuestro provincianismo cultural, y ha deslizado algunas bromas al respecto. Eso de que "el genio de Joyce era puramente verbal lástima que lo gusto en la novela", incluido en su breviario de literatura inglesa ¿se relaciona con la misma actitud?

No es ninguna broma. Me parece que la novela no requiere un estilo tan trabajado como el de Joyce, un estilo que ofrece tantas dificultades de lectura. Cervantes y Tolstoy fueron grandes novelistas y no necesitaron recurrir a tanta complejidad formal.

¿Quién ha sido el autor de influencia más perdurable en su formación de escritor?

En primer término debo reconocer que todos los libros leídos y todas las personas con que cambié alguna palabra han influido decisivamente en mí. Pero comprendo que la pregunta exige una definición casi categórica. Entonces tengo que nombrar a Chesterton, a pesar de que no profeso sus opiniones religiosas. Y esto no significa que para mí Chesterton sea superior a Bernard Shaw, pero en alguna medida me siento indigno de Shaw. Uno no puede elegir a sus maestros. A Chesterton lo considero más imitable.

Sin embargo uno de sus libros considerados claves, Historia universal de la infamia, rezuma la influencia de Marcel Schwob.

A pesar de que la idea general de *Vidas imaginarias*, de Schwob, me pareció estupenda desde el primer momento, cuando encaré su lectura atenta me sentí, si se quiere, defraudado; otro tanto le pasó a Bioy Casares, él tampoco podía llegar al final. Sin embargo, a pesar de que me costara tanto trabajo su lectura, la idea general del libro empezó a interesarme vivamente. Pensé que se podía hacer algo mejor que esa idea. Sin duda el ambiente general de Schwob fue lo que motivó *Historia universal de la infamia*.

152 *A los treinta y pico de años, me parece, la idea de la muerte sólo admitiría una pregunta ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Qué sucede a los setenta?*

Hace bastante tiempo que estoy tentado de escribir un poema sobre esto. Podría hablarle, a grandes rasgos, de la serenidad que trae la vejez, de esa apacible resignación que incluye la tristeza, pero de una manera muy diferente. A los treinta años, eso sí, cultivaba desdicha, necesitaba ser cada día más desdichado, más profundamente desdichado. Aquello ya no cuenta para mí, no cuenta para nada.

Después de una pausa bastante prolongada Borges, repentinamente jubiloso, hablará de ciertos detalles de *Invasión*, un film estrenado en Buenos Aires y cuyo argumento escribiera "sobre esa misma mesa" en colaboración con Bioy Casares. En *Invasión*, entre otras cosas, se canta su *Milonga del condenado a muerte*, con música del legendario Anibal Troilo: "Fíjese que dos días después que la compuse el realizador del film me dijo que a la milonga le ponía música Troilo; y yo le pregunté de inmediato ¿a qué milonga?; pasa que me había olvidado, las milongas son temas populares y la métrica el octasílabo, y a mí me salen tan fácil que una vez compuestas casi inmediatamente las olvido".

Ahora, aparte de traducir Walt Whitman y de entregar un libro de poemas a la imprenta, tiene en preparación otro argumento cinematográfico: *Los otros*, de corte puramente fantástico.

Después de otro rato Borges se pone de pie y consulta el reloj: el mundo, desgraciadamente, es real; él, desgraciadamente, es Borges.